

Política sin violencia

La noviolencia como humanización de la política

MARIO LÓPEZ

Bogotá, D.C., 2009 - Colombia



Publicación de:

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO
www.uniminuto.edu

Título: Política sin violencia.

Subtítulo: La noviolencia como humanización de la política.

Autor:

Mario Nicolás López Martínez.

Editor:

Carlos Eduardo Martínez H.

Corrección de Estilo

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Diseño y Diagramación

Eduardo Ramos

Segunda Edición Revisada y Ampliada. Bogotá, Colombia, 2009

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxx

Colaboran en este proyecto editorial

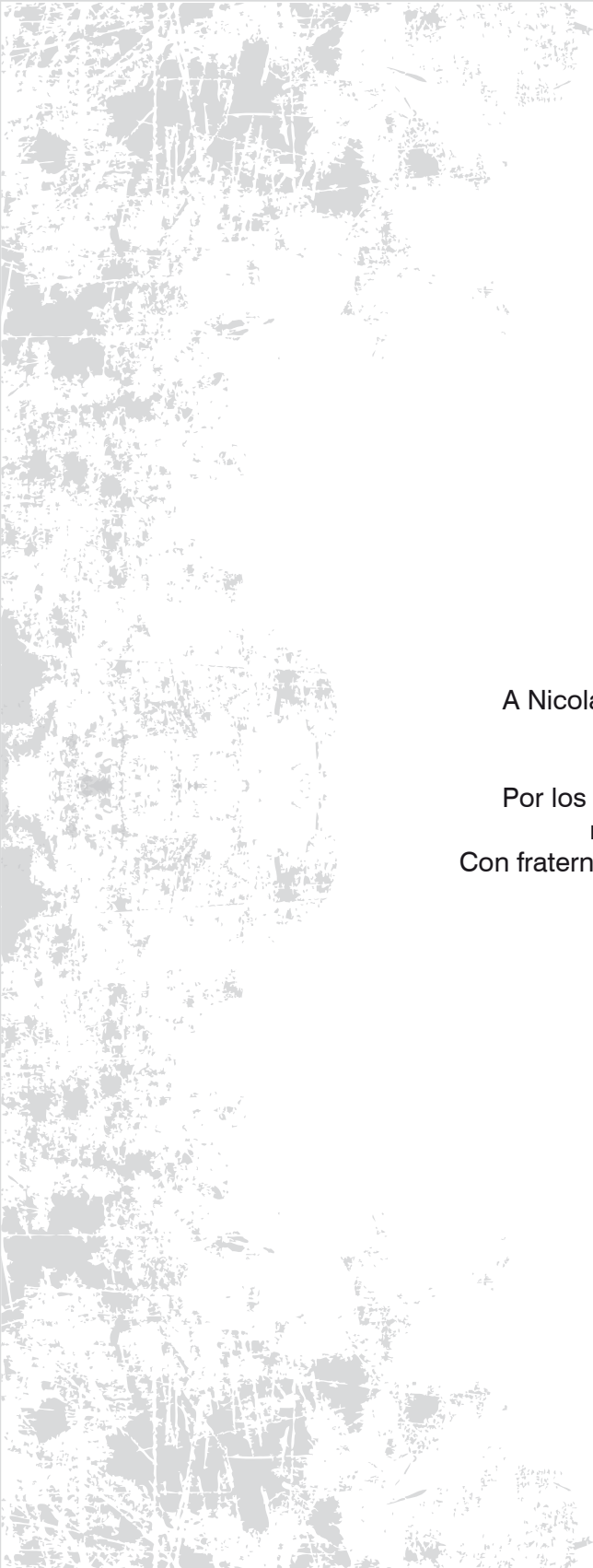
Escuela de Paz y Desarrollo UNIMINUTO - Colombia
Movimiento Ciudadano por la Noviolencia en Colombia
Conferencia Norteamericana de Obispos Católicos

Impreso en Colombia – xxxxxxxxxxxxxxxx

© Mario Nicolás López Martínez; Carlos Eduardo Martínez Hincapié.

© Reservados todos los derechos a la Corporación Universitaria Minuto de Dios. La reproducción parcial de esta obra, en cualquier medio, incluido electrónico, solamente puede realizarse con permiso expreso del editor y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales. Los textos son responsabilidad de los autores y no comprometen la opinión de UNIMINUTO.





A Nicolás, Mariana y Dennyris que son
una galaxia de amor

Por los amigos y amigas de Colombia,
referentes de vida y honestidad
Con fraternal recuerdo a Guillermo Gaviria



Tabla de Contenido

PRÓLOGO.....	XI
INTRODUCCIÓN.....	XXIX

CAPÍTULO I

Hablemos de Política sin Violencia.....	3
---	---

CAPÍTULO 2

Valores, Principios y Argumentos.....	39
---------------------------------------	----

CAPÍTULO 3

Política y violencia.....	73
---------------------------	----

CAPÍTULO 4

El Pacifismo:Una Fuerza Inquieta.....	109
---------------------------------------	-----

CAPÍTULO 5

Mohandas Ghandi,más allá del mahatma.....	157
---	-----

CAPÍTULO 6

La Acción política noviolenta.....	197
------------------------------------	-----

CAPÍTULO 7

La noviolencia aplicada.....	255
------------------------------	-----

A MODO DE CONCLUSIONES
El futuro de la noviolencia.....311

APÉNDICE DOCUMENTAL.....323

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE NOVIOLENCIA Y PACIFISMO.....411

WEBSTECA SOBRE NOVIOLENCIA.....423



Prólogo

A pesar de todos los esfuerzos que hemos hecho los seres humanos, especialmente en el último siglo, por comprender, manejar y transformar nuestras propias realidades, nunca antes nos habíamos visto tan desbordados por todo tipo de violencias. Aunque en el transcurso del siglo XX se dio el surgimiento y florecimiento de la mayoría de las ciencias sociales, su aporte no ha logrado ser sustantivo en la construcción de un mundo mejor, al menos en una mirada rápida y de conjunto, por supuesto.

Este siglo, a decir verdad, a muchos nos produce estupor y vergüenza de especie, por el enorme desarrollo de los métodos y tecnologías de destrucción sistemática que hemos inventado, hasta el punto de convertir las nuevas guerras en una especie de juegos pirotécnicos, que ocultan el dolor que causan y, con él, todo asomo de compasión por quienes sufren y mueren. Hemos atacado sin piedad a nuestros semejantes¹ a nombre de la falacia de las razas, por ideologías políticas y económicas, por la ambición de la dominación o la lucha por la libertad, por odios ancestrales estimulados por intereses escondidos; nuevas “guerras santas” de todo tipo que responden al muy antiguo recurso de la violencia como medio útil para acabar con el mal y los seres que lo encarnan. Hemos escrito millones de libros para entender el uso y abuso de la fuerza, y ésta se sigue reproduciendo en los espacios cotidianos, con la repetición diaria de una aparente verdad irrefutable: que el mundo es de los fuertes, y desde allí se justifica² la muerte de los más débiles y de los que piensan distinto.

En peligro la continuidad de la vida

Los últimos cien años de la historia de la humanidad, especialmente lo correspondiente a las últimas cinco décadas, están evidenciado una profunda crisis de los seres humanos en las formas de pensarnos a

1 Palabra que ha quedado relegada a los espacios de rituales religiosos, desapareciendo casi por completo de las categorías científico - sociales, a pesar de su profunda consistencia.

2 Mirar sin asomo de vergüenza y sin problemas de mala conciencia-

nosotros mismos y como sociedad. Las ideas, que hasta ahora han dado sentido y significación a lo que hacemos y cómo lo hacemos, están siendo cuestionadas por la sensación, cada vez más generalizada, de que nuestra capacidad de adaptación para la supervivencia está llegando a su límite. Y esta “crisis civilizatoria” hace referencia a la cultura que hasta ahora ha soportado las relaciones entre los seres humanos y de los mismos con la naturaleza, basada ésta en la violencia entendida como el aprendizaje cultural a través del cual resolvemos los conflictos.

“Si un dios maligno hubiera convertido la sociedad humana en un laboratorio infernal para explorar los extremos más radicales de la violencia, con el único límite de la extinción de la especie humana, difícilmente podría haber superado la historia del siglo XX.”³

Dos son las situaciones que evidencian con mayor profundidad el sentimiento cada vez más generalizado de inviabilidad de nuestro esquema civilizatorio: la crisis ambiental y la capacidad destructiva de la industria de la guerra.

La primera es el resultado del imaginario cultural que plantea la dominación de la naturaleza por parte del ser humano, con todas sus legitimaciones antropocéntricas. La segunda responde a la legitimación de la violencia como método para destruir al mal, encarnado en la figura del enemigo.

“La bomba atómica que destruyó Hiroshima reverberó en todos los ámbitos de la existencia humana. Situó a nuestra especie ante el riesgo de la extinción por su propia mano. Marcó un punto de inflexión en el equilibrio de poder entre la humanidad y la naturaleza, poniendo a la segunda en peligro a causa de la depredación humana. Cuestionó una de las bases morales de toda civilización que los esfuerzos colectivos de los seres humanos servirán para lograr una vida mejor.”⁴

La sensación de “callejón sin salida”, nacida de estas situaciones, requiere un análisis que trascienda la “política real”, basada ésta en aquello que es posible hacer en unas circunstancias concretas y que adolece de miradas inmediatistas. Esta perspectiva no puede más que ser cómplice de lo que a corto plazo pareciera inevitable. Sus análisis llegan siempre a la conclusión de que cualquier planteamiento alternativo ronda la utopía, el romanticismo,

3 SCHELL, Jonathan, El mundo inconquistable – Poder, noviolencia y voluntad popular, Círculo de lectores S.A., Barcelona 2005, p. 23, 24

4 SCHELL, Jonathan, El mundo inconquistable – Poder, noviolencia y voluntad popular, Círculo de lectores S.A., Barcelona 2005, p. 73

califica de “populismo” todo lo que no sea aceptar que sólo es posible seguir hacia adelante, en la misma ruta, aunque ella conduzca a la humanidad y a la vida en el planeta a su propia destrucción.

“Recordemos que el uso de tan solo unas pocas decenas de las aproximadamente treinta mil armas nucleares del mundo podría matar a más personas en una única tarde inimaginable que las que murieron en las dos guerras mundiales juntas. Esta tenebrosa perspectiva nos exige que nos distanciamos de las emergencias inmediatas y nos preguntemos si hay otra posible vía a seguir.”⁵

Estamos acostumbrados a mirar los acontecimientos de forma aislada, a analizarlos sin establecer las relaciones que nos permitan trascender la sintomatología. La lógica del “chivo expiatorio” sigue presidiendo las reflexiones sociales sobre los acontecimientos que nos preocupan, eximiéndonos de analizar profundamente los patrones culturales que nos mueven y, por lo tanto, seguimos aplazando indefinidamente la posibilidad de suscitar unos nuevos que nos den nuevas posibilidades como especie. Con esta reencarnación del “chivo expiatorio” la sociedad puede acusar y señalar con el dedo a la “reencarnación del mal”, quedando, de paso, como justa; es decir, de parte del bien. Creemos que los asesinos, los terroristas, los violadores, los criminales de guerra son individuos que han encarnado el mal, seres “anormales” –incapaces de interiorizar las normas sociales– que deben ser tratados y castigados como tales. A pesar de los miles de años que ya tienen las civilizaciones humanas, a pesar de los avances del derecho positivo y del Estado de Derecho, del que nos enorgullecemos y al que apelamos como un logro civilizatorio, la verdad es que su fuente de inspiración fundamental sigue siendo el “Ojo por ojo y diente por diente” recogido en el primer código que se conoce, el de Hamurabi. Es, en esencia, la utilización de un castigo proporcional a la falta cometida, como medio para inhibir los comportamientos “anormales”, es decir, la violación a las normas aceptadas y asumidas socialmente. La verdad es que el miedo al castigo no ha sido efectivo para evitar el delito.

“Es propio de la historia de los asuntos humanos que todo acto una vez ejecutado e inscrito en los anales de la humanidad siga siendo una posibilidad mucho después de que su actualidad haya pasado a formar parte de la historia. Jamás ha habido castigo dotado del suficiente poder de disuasión para impedir la comisión de delitos.”⁶

5 Ibid, p.27

6 STOLCKE, Verena, Lo espantosamente nuevo. Guerra y paz en la obra de Hanna Arendt en Enric Prat (ed.), Pensamiento pacifista, Editorial Icaria, Barcelona, 2004, p.101

Las reflexiones de Hanna Arendt, con ocasión del juicio al criminal de guerra, Adolph Eichmann, nos invitan a introducirnos en otros análisis que lleven la discusión hacia campos que nos exijan mayor profundidad. Para Arendt fue muy importante profundizar en las razones que llevaron al nazismo a cometer sus crímenes, para descubrir que detrás de Eichmann sólo había un hombre que creía obrar bien, obedeciendo las órdenes de sus superiores, como lo hicieron los que, de parte de los aliados, bombardearon Dresde⁷, o Hiroshima.

“Arendt retrata a Eichmann como la encarnación de la banalidad del mal. Su tesis de la banalidad del mal causa espanto pues en lugar de tratar el holocausto como episodio aislado de irracionalidad, enjuiciaba a la humanidad como tal. La amenaza que personificaba Eichmann transcendía la singularidad política del Tercer Reich, pues sus condiciones de posibilidad residían en la propia sociedad moderna burocrática de masas por la falta de empatía por el sufrimiento ajeno, que propiciaba un tipo de personalidad sumisa al orden establecido que ésta había generado.”⁸

Cuando se ha interiorizado desde la niñez la obediencia a los superiores como una virtud pretendida, cuando se enseña a obedecer sin cuestionar, depositando en los padres, el cura, el gerente, el político, el superior militar o el Estado una dosis de bondad infusa, de sabiduría superior, es fácil caer en la tentación del totalitarismo.

Siguen causando escándalo sus análisis y aún no nos atrevemos a preguntarnos con suficiente fuerza crítica cuáles son los imaginarios culturales “atávicos” que definen nuestros aprendizajes sociales y que siguen produciendo crímenes, ni cuáles son las nuevas percepciones y las nuevas culturas que nos permitirían superar el “callejón sin salida”.

7 El bombardeo de Dresde se llevó a cabo hacia el final de la Segunda Guerra Mundial por parte de la Royal Air Force (Gran Bretaña) y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Con este nombre se suele hacer referencia a los cuatro ataques aéreos consecutivos que se realizaron entre el 13 y el 15 de febrero de 1945, apenas doce semanas antes de la capitulación de la Alemania nazi. Durante los mismos, entraron en acción más de mil bombarderos pesados, que dejaron caer sobre la “Florecia del Elba” cerca de 4.000 toneladas de bombas altamente explosivas y dispositivos incendiarios, arrasando gran parte de la ciudad y desencadenando una tormenta de fuego que consumió el centro histórico de la misma. El número de víctimas varía enormemente en función de la fuente; la línea mayoritaria en la historiografía actual lo cifra entre 18.000 y 35.000 muertos, cantidad inferior a las de otros bombardeos de ciudades del Eje, como Tokio (100.000) o Hamburgo (40.000). El bombardeo de Dresde sigue siendo uno de los episodios más polémicos de la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad persiste aún el debate sobre si la capital sajona era un objetivo de interés estratégico tal y como aseguran fuentes militares aliadas, si por el contrario el bombardeo fue una represalia desproporcionada e indiscriminada, o incluso si pudo tratarse de un crimen de guerra. http://es.wikipedia.org/wiki/Bombardeo_de_Dresde. Marzo de 2009

“Arendt revela las claves estremecedoras imprescindibles de la conducta de quienes hicieron posible “la solución final”. Ni sus ejecutores fueron monstruos singulares, ni sus actos fueron excepcionales en la sociedad moderna. Lejos de haber sido el resultado de una larga y sistemática planificación política, consistió en realidad en una sucesión de acontecimientos en sí triviales, singularmente difusos, automatizados y terriblemente rutinarios, que obviaron cualquier reacción significativa de índole moral (...) Arendt desafía la concepción convencional de Eichmann como la quintaesencia diabólica del fanatismo ideológico antisemita (...) virtudes subsidiarias como la obediencia, la jerarquía y el orden se transformaron en instrumentos del crimen. Lo angustiante de la personalidad de Eichmann en precisamente que, al igual que muchos otros, lejos de ser un sádico, fuera inquietantemente normal.”⁹

Como Zygmunt Baumannn concordaría más tarde: “El holocausto no fue simplemente un problema judío y tampoco un hecho exclusivo de la historia judía. El holocausto nació y fue ejecutado en nuestra sociedad racional moderna, en un punto álgido de nuestra civilización y en la culminación de los logros culturales humanos, y por esta razón es un problema de esa sociedad, civilización y cultura.”¹⁰

Particularizar un crimen como el holocausto es seguir creyendo que las condiciones que lo posibilitaron fueron excepcionales y así seguimos sin aprender: Creemos que el muro de Berlín nada tiene que ver con el muro en Palestina, Ceuta o México; que el exterminio a que es sometido el pueblo Palestino no tiene ninguna relación con las prácticas del holocausto; que Hitler fue un caso excepcional.

No fueron suficientes las reflexiones de Arendt para lograr que Eichmann fuera enjuiciado por crímenes contra la humanidad y no sólo antisemitismo. Lo segundo, eximía de una reflexión profunda que nos llevaba al enjuiciamiento de una “civilización” de la que se siente orgullosa la humanidad. Su crimen trascendía la muerte de población civil inocente y atentaba, de forma importante, contra la necesaria diversidad de la vida.

9 Ibid, p.112

10 Ibidem

“Su exterminio constituía un crimen contra la humanidad en la medida en que, en cambio, atentaba contra la pluralidad que era un rasgo inherente a la condición humana, sin el cual la especie humana era inconcebible.”¹¹

La crisis de la civilización está, también, en que seguimos aferrados a la sistemática destrucción de lo diverso, no sólo en el campo de las relaciones humanas (diversidad política, diversidad sexual, diversidad económica), sino también en el terreno de las formas de relacionarnos con la naturaleza, multiplicando los monocultivos y la producción agrícola extensiva e industrializada, que parten de la destrucción de la biodiversidad.

En el análisis de Arendt también hay un cuestionamiento profundo a los Estados modernos, tan proclives a la “manipulación totalitaria”, como instrumento de perpetuación del poder establecido. El Estado moderno no se ha liberado de este imaginario atávico que se constituyó desde la delimitación y defensa del territorio, que definió la pertenencia desde el unanimismo religioso, que se inventó el concepto de raza y sangre como elemento diferenciador. Hemos caído en la trampa de los eufemismos, creyendo que con nombrar distinto estos elementos ya se hacen esencialmente diferentes. Al derecho a los límites y territorios hoy le llamamos soberanía. Al unanimismo religioso hoy le llamamos ideología política y libre mercado. A la sangre y a la raza las hemos reencarnado en “destinos manifiestos”. ¿Qué diferencias hay de fondo entre este llamado “Estado nacional moderno” y las sociedades surgidas del primer proceso civilizatorio? La unión de pueblo, Estado y lengua no tiene nada de nuevo. Son las mismas variables “remozadas” de las tribus asentadas en el oriente próximo.

“Un árbitro y una justicia universal resulta inviable mientras los estados ejerzan el poder en asuntos externos legitimados por el manto de su sacrosanta soberanía nacional. Pequeños avances se han hecho en el principio de extraterritorialidad de crímenes cometidos contra la humanidad. Pero mientras no se ponga en entredicho de modo radical el Estado nacional moderno quedarán en eso, logros excepcionales.”¹²

Como vemos, buscar, imaginar, construir alternativas—sin el cuestionamiento profundo de los imaginarios culturales que las sustentan—nos puede llevar

11 Ibid, p.113

12 Ibid, p.116

a la construcción de nuevas palabras para definir lo mismo, a reelaborar significaciones en el espacio cerrado de las ideologías existentes.

Una de las tentaciones más frecuentes tiene que ver con reconstruir la imagen de un enemigo que, de alguna manera, sea el culpable del estado de cosas. Y no es que no existan responsabilidades ubicables en determinados protagonistas. El problema está cuando de nuevo identificamos un “chivo expiatorio”, encarnación del mal y culpable de todas las tragedias. Esto engendra dos problemas: simplifica el análisis, particularizándolo, y define las estrategias de lucha desde el propósito de destruir el mal y a quien lo encarna. Sería una repetición de la historia: los revolucionarios franceses identificaron a la monarquía como la depositaria de la autocracia y creyeron que matando a Luis XVI desaparecía todo vestigio de ella. No habían pasado diez años y en aras de la libertad, la igualdad y la fraternidad remontaron el autoritarismo remozado en el emperador Napoleón Bonaparte, que habría de utilizar luego las mismas armas del rey, guillotinado para imponer la “nueva verdad” surgida de la revolución. Esto por citar sólo un ejemplo que se ha repetido y se repite hasta nuestros días, pasando por Stalin, Pinochet, Hitler, Bush, Pol Pot y otros muchos que, sin la carga de negatividad histórica, han imitado su proceder. Todas las dictaduras beben de la misma fuente: una verdad salvadora que acabará definitivamente con el imperio del mal y cuya pretensión ha legitimado todo tipo de violencias.

Paradójicamente, la humanidad está caminando en un lento, pero sostenido cuestionamiento de la violencia como el medio “único e ideal” para conseguir la transformación. Esto está suponiendo la deconstrucción de los imaginarios del “Bien” y “Mal”, de los “amigos” y los “enemigos”, de la existencia de los contrarios mutuamente destruibles. Mientras no avancemos en este esfuerzo, dicho cuestionamiento será más táctico que estratégico y quimérica la transformación cultural necesaria para recuperar las posibilidades de la sobrevivencia de la vida.

La cultura como mecanismo de adaptación

La cultura es la diferencia más importante de nuestra especie con el resto de los seres vivos del Planeta. Estos últimos dependen de su condicionamiento genético-biológico para sobrevivir; nosotros dependemos del condicionamiento cultural, entendido como el conjunto de significaciones que definen y determinan nuestra actuación social en el medio que nos rodea.

Como dice Mariano Corbí,

“Cada especie animal posee una forma peculiar que determina su condición de viviente. La cultura es la forma concreta de ser viviente del hombre. Por tanto, para una correcta comprensión del hombre y su cultura, primero habrá que alinearle humildemente con las demás especies animales; sólo luego, desde ese alineamiento habrá que comprender sus peculiaridades. Decir que el hombre es un viviente cultural tiene consecuencias importantes. Todos los vivientes tienen determinado su comportamiento con relación al entorno. También el hombre tiene que someterse a esa ley, pero lo logra a través de la cultura. La cultura es el instrumento de la especie humana para construir y adaptarse al medio y sobrevivir en él. Por consiguiente, aunque la cultura nos distancie de los demás vivientes, también nos alinea con ellos porque la cultura está al mismo nivel que la aparición de las garras de los animales depredadores o las pezuñas de los corredores.”¹³

Tal vez en algún momento de nuestra historia, desde esta perspectiva, aprehendimos la violencia como medio para sobrevivir, y con ella las formas culturales que la acompañan: la fuerza física como determinadora del poder jerarquizante, la supremacía del género masculino, la tendencia a desaparecer o dominar lo diferente y la determinación de la identidad individual y colectiva basada en los límites.

Continúa Corbí:

“Es cierto que la cultura humana va más allá de su pura función de supervivencia, -y ese será un dato que habrá que respetar-, pero sea el que sea el fenómeno que se presente habrá que comprenderle siempre desde la función biológica de la cultura. Sólo así evitaremos considerarnos a nosotros mismos como seres excepcionales, bajados del cielo, señores de la tierra y de todos los vivientes. Incluso lo más noble que poseemos, la cultura, tiene función biológica y nos sitúa en la humilde condición de una especie más entre los vivientes del planeta tierra.”¹⁴

Esta determinación no le concede características “naturales” a la cultura, sino a la necesidad de poseer una construcción cultural. Sin ella no sabríamos sobrevivir, pero las características concretas de la misma son adaptables

y cambiantes y definidas por seres históricos concretos en condiciones medioambientales y retos específicos.

Se está, entonces, diferenciando la capacidad humana para construir cultura, de las características concretas, históricas y sociales de la misma. La confusión de estos dos momentos ha llevado al error de “naturalizar” las segundas, dándoles con ello características de inmutabilidad, definidas desde la existencia previa de unas leyes que definen la naturaleza humana y el devenir histórico.

Si la cultura es el mecanismo humano para crear leyes humanas que permitan la sobrevivencia de la especie, todas las formas culturales han surgido como mecanismo de sobrevivencia y, por lo tanto, en consonancia con la protección de la vida. Ahora bien, ellas deben ser cambiantes, como el medio mismo en el que la vida se desenvuelve. Constructos culturales que ayer sirvieron para salvar la vida hoy la amenazan y es la fuerza de la vida la que nos impele a transformarlas. No es sólo un acto de voluntad consciente. Por supuesto que la resistencia cultural al cambio puede suponer la amenaza de la vida misma. En este punto nos encontramos. A esto hace referencia Havel cuando se refiere a aquello que “se escapa a nuestro entendimiento y control” y a esa “fuente oculta de todas las normas”. La incapacidad de adaptación ha supuesto la desaparición de especies en el planeta Tierra.

“En la base de este mundo hay valores que sencillamente están ahí, perennes, antes incluso de que hablemos de ellos, antes de que reflexionemos y nos preguntemos sobre ellos. Su coherencia interna se debe a algo parecido a un supuesto “pre-especulativo” según el cual el mundo funciona y su existencia general sólo es posible porque hay algo más allá de su horizonte inmediato, algo lejano por encima de él, que podría escapar a nuestro entendimiento o nuestro control, pero que, precisamente por esa misma razón, sirve de base a este mundo, le da su orden y medida, y es la fuente oculta de todas las normas, costumbres, órdenes y prohibiciones. ... Cualquier tentativa de desdeñarlo, dominarlo o sustituirlo por otra cosa parece, en el marco del mundo natural, una expresión de hybris por la que los humanos deben pagar un alto precio”¹⁵

Históricamente para los grupos humanos esta transmisión de haceres exitosos ha sido más fácil si dichas formas de hacer se vuelven creencias,

es decir, si su sabiduría no es el resultado de voluntades individuales, sino que se atribuyen a una inteligencia superior que ordena y manda. Esta “sacralización” de las formas de hacer no es el resultado de una voluntad individual que “maquiavélicamente” decide esconder o disfrazar sus intereses particulares detrás de una orden divina, sino que se lee la voluntad de los dioses en aquello que permite salvar la vida.

La espiritualidad de los seres humanos, por tanto, es un ponerse en sintonía con una voluntad superior que desea la supervivencia del grupo, es intentar leer, en lo que sucede, aquello que la posibilita, que la facilita. Atribuírsele a un deseo superior -que termina siendo “mandato” de los dioses, en cuanto que obedecer los mismos permite la reproducción y la permanencia de la vida-, ha hecho más fácil la aceptación colectiva de unos imaginarios culturales determinados. Dicho de otra forma, los seres humanos hemos identificado la fuerza de la Vida, la capacidad de autoprotección de la misma, que inspira y presiona cambios culturales en función de la adaptación, con la presencia de una trascendencia que culturalmente hemos llamado “Dios”.

La perspectiva religiosa ha surgido de la necesidad de llamar de alguna manera a la fuerza que se manifiesta en la Vida y que permite la sobrevivencia. En otras palabras, hemos llamado “Dios” a esa capacidad que nos ha permitido sobreponernos a las situaciones límite que amenazaban la vida, hemos creído leer su palabra en aquellas nuevas formas, que siempre aparecieron como sugerencias no exploradas. Lo anterior nos puede explicar porqué y cómo se le ocurrió a Abraham que la salida para la supervivencia de su clan estaba en encontrar una tierra en la que poder asentarse y porqué atribuyó esta salida a un mensaje de Dios.

La cultura, por tanto, se va construyendo con los aprendizajes colectivos, que se tornan verdad en cuanto son convenientes para la sobrevivencia del grupo. No se puede decir que la cultura se construya de forma azarosa, o por la voluntad o los intereses de unos individuos en particular. Responde a las necesidades que tengan las colectividades humanas para sobrevivir en un medio determinado.

“La especie humana no tiene ninguna manera natural de organizar su vida ni de pensar y valorar el entorno, a sí misma o las relaciones con sus semejantes. Según como sobreviva en el medio se generará una construcción cultural u otra.”¹⁶

La cultura, entonces, es una construcción social, porque depende de acuerdos colectivos que se van elaborando lentamente a partir de las experiencias particulares de un grupo, en su lucha por la supervivencia. Es una construcción histórica porque sus características, los acuerdos colectivos que las definen, responden a circunstancias concretas de grupos humanos concretos en un período de tiempo determinado y no tiene pretensiones de perennidad, en cuanto pueden transformarse con el cambio de las circunstancias y los retos. Dicho de otra forma, las maneras de hacer que son exitosas –permiten o facilitan la vida de los grupos humanos– tienen un reconocimiento social que se vuelve aprendizaje transmisible de unas generaciones a otras, se incorporan a la historia.

De alguna manera la cultura es una especie de cuenco en el que se vierte la realidad, determinando sus comprensiones, sus alcances y limitaciones, las interpretaciones que se hacen de la misma, sus niveles de significación. Es una especie de contenedor cerrado que hace que la realidad sea entendida y vista de la misma forma repetida, con pocas posibilidades de transformación, en la medida en que dicha repetición es la que garantiza la continuidad de la vida. La mayoría de los cambios están circunscritos a nuevas posibilidades en el ámbito del cuenco mismo, que está construido en un material que conserva niveles de flexibilidad, pero que no deja de determinarlos desde sus formas, ya sea porque ellos no logran romper su capacidad de expansión o porque son “domesticados” al ser interpretados desde sus propios límites. De alguna forma, cuando los cambios no trascienden el universo de las significaciones culturales, sino que son leídos desde las significaciones existentes, terminan por fortalecer los imaginarios que pretendían influir y transformar, construyendo un discurso, en apariencia distinto, que no llega más allá de ser “eufemismos culturales”, es decir, llamar de forma diferente a lo ya existente. Y ello ocurre de forma repetida mientras exista el acuerdo colectivo –legitimación– de que la continuidad de la vida está sujeta a la existencia del cuenco mismo.

Muchos de los cambios que hemos tenido en las diferentes historias de las civilizaciones han consistido en variaciones de lo que se vierte, pero sin mayor incidencia en las formas del cuenco. Como veíamos en un ejemplo anteriormente citado: en la revolución francesa se destruyó la monarquía, pero no la concepción jerarquizante del poder y de la organización social y Francia pasó de tener un rey a coronar un emperador: “Verter el vino nuevo en odres viejos”. Hemos cambiado el líquido que vertemos en el cuenco pero en muchas ocasiones hemos abortado propuestas, a lo largo de la historia, que proponían la transformación del contenedor.

Humanización y cultura

La realidad, para los seres humanos, está formada por las percepciones que tienen dichos seres de la misma, y ellas están definidas por el conjunto de significaciones. Las significaciones de las cosas se clausuran y se tornan heterónomas cuando se institucionalizan, perdiendo su flexibilidad, su apertura a nuevos significados, su capacidad para crear nuevos mundos. Se vuelven ideología, en cuanto sistema cerrado de ideas y significados, que pretende explicarlo todo a partir de aquello que se consensuó como verdad.

“Esta apertura lo ingresa en una nueva clausura: La clausura de las significaciones e instituciones imaginarias que toman la forma de la heteronomía ocultando en la inmensa mayoría de los casos que la institución de la sociedad es creación de ella misma y no por fuentes trascendentes exteriores a ella: ancestros, dioses, naturaleza...”¹⁷

Es entonces cuando la “sacralización” de las expresiones culturales, a la que nos referíamos anteriormente, se puede pervertir si dichas expresiones se desconectan del cuidado de la vida y se mantienen sólo con el argumento de haber sido dictadas por Dios; su intervención deja de ser consecuente con la vida y se torna fundamentalismo, verdad suprahistórica que se legitima por sí misma y no en función de la conservación vital.

La cultura se puede volver ideología, entendida ella como una serie de ideas que legitiman el actuar humano en sus niveles personales y sociales, que se conforman como un conjunto cerrado sobre sí mismo y con la supuesta capacidad de dar respuesta adecuada a todo cuestionamiento dentro de sus propios límites. Así se concibieron a sí mismas las religiones y cuando, en contacto con la ciencia, se fueron rompiendo sus verdades, aparecieron las ideologías científicas, las ideologías políticas, que prescindieron de un dios, como legitimador de las verdades, pero no fueron capaces de prescindir de lo que en el fondo definía socialmente las religiones: el carácter jerárquico de sus formas organizativas, el apoyo en verdades incuestionables, y la imposibilidad de “salvación” por fuera de ellas. Repitieron sus formas y terminaron siendo lo que pretendían negar; acabaron construyendo “religiones sin dios”. De nuevo, cambios en los contenidos, pero no en los contenedores.

.....

17 Fabio Giraldo y José Malaver “Introducción y compilación” en CASTORIADIS Cornelius, “Ontología de la Creación”, Ensayo y Error – Colección Pensamiento Crítico Contemporáneo – Bogotá, Colombia 1997, p.27

Esta clausura de las significaciones es la que garantiza la reproducción cultural dentro de sus propios límites. De nuevo la imagen del cuenco nos es útil: fuera de él solo existe el caos, entendido como una situación que amenaza por principio toda posible continuidad, el campo amenazante de lo incierto. Y a dicha reproducción contribuyen todos los individuos que forman parte de un universo cultural, en la medida en que todas las instituciones sociales responden a su lógica, no siendo ellas sólo el resultado de sí mismas, sino también la concurrencia de todo tipo de relaciones, desde las más privadas hasta las más públicas, desde lo más cotidiano hasta lo más político. En esta perspectiva, es un error seguir creyendo que las sociedades sólo son el resultado de los esfuerzos conscientemente realizados desde los “aparatos ideológicos del Estado”. Hay una relación permanente entre una sociedad que fabrica a los individuos que la componen, pero que al tiempo ella es legitimada por las creencias compartidas por aquellos. Es más, sin lo segundo, lo primero dejaría de ser viable.

“A través de la fabricación social del individuo, la institución somete la imaginación singular del sujeto y sólo le deja, por regla general, manifestarse en y por el sueño, la fantasmización, la transgresión, la enfermedad. En particular todo sucede como si la institución lograra cortar la comunicación entre la imaginación radical del sujeto y su pensamiento. Cualquier cosa que él pueda imaginar (a sabiendas o no) y el sujeto sólo pensará y hará lo que está socialmente obligado a pensar y hacer (...) La sociedad, a su turno, se instituye en la casi totalidad de su historia en la clausura. Clausura de su lógica, clausura de sus significaciones imaginarias. Ella fabrica a los individuos imponiéndoles las dos; fabrica, pues, primero y sobre todo – y exclusivamente en la aplastante mayoría de las sociedades –, individuos cerrados, que piensan como se les ha enseñado a pensar, evalúan de la misma manera, dotan de sentido a lo que las sociedad les enseñó que tiene sentido, y para quienes estas maneras de pensar, evaluar, normar, significar, son por construcción síquica, incuestionables.”¹⁸

Una cultura hegemónica que ha perdido sus conexiones con la vida, una cultura emergente que busca conectar de nuevo la existencia humana con la sobrevivencia

18 CASTORIADIS Cornelius, “Ontología de la Creación”, Ensayo y Error – Colección Pensamiento Crítico Contemporáneo – Bogotá, Colombia 1997, p.184, 185

La sensación de la imposibilidad de la vida, de seguir aferrados a las creencias que sustentan la cultura hegemónica, es cada día más generalizada y se está incorporando a los pensamientos cotidianos de los hombre y mujeres que compartimos este momento de la historia. En palabras de Leonardo Boff, en su conferencia durante la última versión del Foro Social Mundial

“Las crisis financiera, climática, energética, alimenticia y otras, - todas ellas nos remiten a la crisis del paradigma dominante. Precisamos de un nuevo paradigma de civilización porque el actual llegó a su fin y agotó sus posibilidades.

Proyecciones hechas por investigadores y científicos ambientales muestran que, si el consumo continúa al ritmo actual, en el 2050 precisaremos de dos planetas Tierra.

Debemos lanzar un nuevo mirar sobre la realidad, adoptar un nuevo paradigma de relacionamiento con todos los seres.

Como nunca antes en la historia el destino común nos convoca a buscar un nuevo comienzo. Promover la ecología del cuidado, que ceda por los intereses de toda la comunidad de vida. Coexistir con respeto, cooperación y armonía con los demás moradores de este pequeño planeta, - animales, vegetales, seres humanos.”¹⁹

Pero ya este cuestionamiento es en sí la evidencia del nacimiento de formas culturales emergentes que se legitiman desde la búsqueda creativa y aceptan el camino de lo incierto. Paradójicamente, en este mismo siglo casi que innombrable, surgen nuevas formas de mirarnos y entendernos, con la fragilidad y determinación de la vida misma. Sus protagonistas han bebido en las mejores fuentes de la humanidad, convirtiendo aportes religiosos, humanistas y filosóficos en formas políticas que nos llevan a valorar los conflictos, que nos sugieren la posibilidad de mirar a los opuestos en lógica de complementos y que nos invitan a superar la tendencia cultural que nos había enseñado a destruirlos.

Esta naciente propuesta nos ha llevado de nuevo a releer y comprender los códigos de la vida. Desde allí hemos evidenciado cómo la fuerza no es la única estrategia de la misma, enseñándonos a ver que la fragilidad también es necesaria: las mariposas sobrevivieron a los dinosaurios; que la diversidad es imprescindible y su destrucción un camino hacia la extinción; que la vida ha sido posible gracias al cambio y la conservación; estas constataciones, entre otras muchas, nos han llevado a descubrir que hemos construido imaginarios culturales que contradicen estos códigos de la vida,

19 Conferencia dada por Leonardo Boff durante el Forum Social Mundial, Belém, estado de Pará (Brasil), enero del 2009.
www.forumsocialmundial.org.br

y necesitan ser cambiados si queremos superar la autodestrucción. Es una propuesta, una mirada, un nuevo paradigma que nos empieza a sugerir caminos alternativos-

Este sentimiento lo presentamos acompañado de una mariposa, porque es frágil como ella, pero invencible como su especie, que ha visto llegar y desaparecer a los que parecían más fuertes. Porque va en contravía del darwinismo social que se pregona, evidenciando las estrategias de sobrevivencia de los simples y sencillos, en concordancia con un mundo más responsable con la finitud de sus recursos. Una mariposa que, con la metamorfosis, nos dice cada día que toda realidad es susceptible de transformarse a sí misma, gracias a que la naturaleza lo permite y lo promueve, al convertir en duendes voladores a las larvas; porque sus miles de ojos nos recuerdan la necesidad de tener cientos de miradas sobre un mismo hecho y así llevar en el alma todas las diversidades necesarias para mantener la vida. Una mariposa acompañada siempre del vuelo de otras muchas, para que no se nos olvide que los pueblos condenados a cien años de soledad pueden tener una nueva oportunidad sobre la tierra.

“Política sin violencia” pretende recoger estos aprendizajes, contruidos desde otra orilla, superando desde el principio la tentación de definirlos desde la negación o la oposición de lo que se quiere trascender. Sólo es posible otro mundo si logramos cambiar las lógicas que utilizamos para construirlo

Y este hálito de esperanza nos fue llegando, como suele suceder, cuando nos encontramos en una “sin salida”, en medio de no lograr percibir alternativas. En este rincón del planeta, Colombia, nos hallábamos ante el agotamiento de nuestros propios discursos. Habíamos puesto nuestra parte como sociedad civil: nos habíamos organizado, habíamos evidenciado la incapacidad de la estrategia de guerra integral²⁰ como solución al conflicto armado interno, habíamos convocado a los niños y las niñas a manifestarse por la paz²¹ y un año más tarde a toda la población con un resultado sin precedentes en nuestra historia²². Habíamos logrado de nuevo poner en la agenda del país la necesidad de buscar una salida política y negociada a este conflicto y, en consecuencia, se dio el inicio de conversaciones de paz en condiciones nuevas e importantes. Sin embargo, luego de escasos

20 En 1990, el entonces presidente de Colombia, César Gaviria, había prometido acabar con la guerra en el país a través de la destrucción de los opositores.

21 Más de 2'700.000 niños y niñas acudieron a esta convocatoria.

22 10'000.000 de colombianas y colombianos suscribieron el Mandato por la Paz, exigiendo una salida negociada y el respeto a la población civil.

tres años, otra vez estábamos como al comienzo: el fracaso de la estrategia de conversaciones había endurecido las posiciones y la opinión pública se inclinaba, otra vez, hacia la guerra, a pesar de su demostrada incapacidad como método.

En este contexto, y en la búsqueda de nuevas interpretaciones y alternativas, nos encontramos con el profesor Mario López, en ese momento subdirector del Instituto para la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada en España, un historiador estudioso del tema de la paz y apasionado de la Noviolencia.

A través de sus reflexiones empezamos a entender el círculo vicioso que se cerraba una y otra vez. La guerra no es sólo un pretendido método de solución de conflictos, que utiliza las armas y los ejércitos para derrotar y someter al opositor y, por lo tanto, ésta no termina con el fin de los enfrentamientos, el alto al fuego y las hostilidades. Ella subsiste aún en medio del diálogo y las conversaciones si la negociación es también un medio para vencer, si la lógica del amigo-enemigo no se deconstruye previamente. Para ello había que entender que, como lo decía Gandhi, la Verdad es histórica y colectiva, no es patrimonio exclusivo de ningún grupo y el diálogo no es un instrumento para derrotar al enemigo y convencerlo de sus errores: sino un medio para descubrir su verdad y complementar, así, la propia. El gobierno y la guerrilla habían llegado a la mesa de negociación con la intención de utilizarla como otro medio para derrotar al opositor. La población civil, en esta situación, parecía sólo tener el derecho de escoger bando y, de alguna manera, ese fue el juego que jugamos.

En consecuencia, hemos ido descubriendo que no es suficiente con pedir la salida política y negociada a los conflictos, es necesario realizar transformaciones en las miradas que se tienen del opositor, dejar de identificarlo con la “encarnación del mal”, entender que unos y otros tienen elementos para aportar a una nueva mirada de la realidad.

Con el profesor Mario López nos hemos introducido en otra mirada de la Vida, que nos permite evidenciar que los cambios son irreversibles aún a pesar de nuestra cultura y nuestras instituciones poco flexibles. Cambiaremos aunque todos nos opongamos, porque la fuerza de la vida no es posible detenerla. Es como el agua, que detrás de su apariencia de fragilidad esconde una fuerza que ninguna esclusa logra contenerla. Los últimos 50 años nos muestran un cuestionamiento profundo hacia lo que hasta ahora sigue siendo pensamiento hegemónico: Los movimientos de contracultura que se decantaron en el mayo francés del 68; el movimiento hippie, desobediente e irreverente con una sociedad que pretende de

nuevo legitimar la guerra – muerte colectiva de los que piensan distinto; las mujeres que revaloran su poder y su fuerza sin anular a quienes nos empeñamos en someterlas; las minorías sexuales que se salen del cajón de los enfermos para reclamar su derecho a ser en medio de la fiesta y la sátira hacia una sociedad que vive su sexualidad de forma vergonzante; millones de personas que de forma persistente le quitan legitimidad a las guerras, a las armas amenazantes, una de cuyas últimas expresiones nos devuelven dignidad a los seres humanos al decir públicamente que los poderes de la tierra y sus locuras suicidas no nos representan: “No en mi nombre”; la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos que deconstruyen la imagen del enemigo, al renunciar a la pretensión de vencer a sus opositores, porque sólo es posible cambiar la realidad de forma definitiva si se los convence; las madres de la plaza de mayo, que nos enseñan que los crímenes que atentan contra la humanidad no pueden prescribir; Nelson Mandela, que nos enseña el poder de la fragilidad, al confrontar a la violencia soberbia del apartheid con su humanidad sometida y provocando con ello la deslegitimación que provocó su desmoronamiento; los hombres y mujeres de la entonces Alemania Democrática que superaron su propio miedo a la represión del Estado para desmoronar en pocos meses un muro levantado con pretensiones de perennidad. Y así podría seguir enumerando cientos de razones de esperanza.

Mario López es un historiador que se ha atrevido a hurgar en los últimos episodios de la humanidad, para presentarnos aquellas cosas que aún no logran aparecer como categorías de interpretación; de alguna manera seguimos empeñados con las ciencias sociales, en mirar y entender la violencia como una única realidad que transcurre.

La Escuela de Paz y Desarrollo de Uniminuto, ha asumido el reto de centrar su reflexión desde la Noviolencia, para desde allí resignificar los conflictos, repensar los Derechos Humanos, enriquecer la dimensión espiritual que anima al humanismo y llenar de nuevos contenidos la democracia y la participación con otras miradas desde el poder de la periferia. Nuestro trabajo de facilitación en el Movimiento Ciudadano por la Noviolencia en Colombia, labor de conjunto con cientos de personas a lo largo y ancho del país y muchas instituciones de carácter local, regional y nacional, nos han mostrado la necesidad de este esfuerzo del profesor Mario López. Estamos seguros del interés que despertará entre tanta gente.

Tienen ustedes en sus manos un libro que es la decantación de sus procesos de reflexión, resultado de asumir el reto de aprender desde la historia concreta de hombres y mujeres, de movimientos sociales que han logrado transformar aspectos importantes de su realidad, valorando

el conflicto, comprendiendo y asumiendo su propio poder, de personas que no han cedido a la tentación de darse por vencidas ante un “realismo” avasallador, hijo de un racionalismo incapaz de comprender y, menos aún, de cambiar esta realidad. Si usted es una de ellas, disfrútelo y fortalezca sus certezas. Si no lo es, haga otro tanto, tendrá la posibilidad de alivianar su peso y eso siempre se agradece.

Carlos Eduardo Martínez H.²³

.....

23 Politólogo de la U. de los Andes. Magíster en Desarrollo Social y Educativo de la U. Pedagógica Nacional. Doctorando en Paz, Conflictos y Democracia de la U. de Granada-España. Director de la Escuela de Paz y Desarrollo de UNIMINUTO. Integrante del Comité Facilitador del Movimiento Ciudadano por la Noviolencia en Colombia.

Introducción

Puede parecer un contrasentido llamarle a un libro *Política sin violencia*, cuando la una ha estado siempre tan vinculada a la otra. Al menos, tanto en la Historia como en otras ciencias sociales, se nos ha venido enseñando que la política *nunca* ha estado exenta de violencia, que una y otra siempre tenían una relación muy estrecha y vinculante. Sin embargo, esta noción está cambiando y cada vez de una manera más clara. Ha habido razones históricas para ello pero, también, razones epistemológicas, metodológicas y hasta filosófico-políticas.

Algunos de los fenómenos históricos más recientes, tales como el derrumbe de los sistemas situados más allá del Muro de Berlín, la caída de dictaduras militares, los procesos de transición hacia la democracia y la reconciliación, las luchas por los derechos civiles y políticos (incluido el abominable apartheid), las protestas contra algunos de los perversos procesos de globalización, la larga trayectoria de los movimientos feministas y ecologistas, el propio movimiento social por la paz, el protagonismo de amplios sectores de la sociedad civil solidaria en los conflictos del mundo, entre otros, nos brindan un panorama que no se puede explicar, de manera total y satisfactoriamente, desde la relación política-violencia, sino que nos induce a repensar algunas de las teorías clásicas y a realizar giros epistemológicos y a acogernos a nuevos paradigmas que, al menos, nos permitan explicar y justificar lo que ha pasado y está pasando. Si bien, análisis, teorías, argumentaciones y justificaciones no tengan porqué convencer a todos. A estas alturas sabemos que nos movemos en un mar de paradigmas y teorías, situándonos todos en islotes y barcas, a merced de los vientos y de una pesca insegura, difícilmente podemos tener las certezas que nos ofrecían las ideologías de otras décadas. No piense el lector que veo esto como un problema sino como la solución a muchos problemas.

Esto también ocurre con lo que queremos ofrecer en este libro. No tenemos certezas absolutas. No se trata de exponer una nueva ideología que tiene respuestas a todo y a todos. Muy al contrario, la propuesta en su

conjunto quiere *abrir* los ojos del lector o del interesado para que, con la ayuda de estas páginas, pueda reflexionar y pensar algunas de las ideas que acá se exponen, y hacerlo de manera crítica y constructiva.

Este libro parte de realizarse una serie de, tal vez, sencillas pero capciosas preguntas, sin embargo, de difícil respuesta. Por ejemplo, ¿La violencia resuelve nuestros conflictos o los aplaza? En un mundo que nos dicen es inseguro ¿tenemos que defendernos?, ¿De quién y por qué? ¿Armado hasta los dientes me siento más seguro? ¿Promovemos, con nuestro comportamiento, que existan formas de violencia invisibles pero que producen víctimas? ¿Qué hacer ante las carreras nacionales hacia el armamentismo de nuestro país o de nuestros vecinos? ¿Qué hacer ante el problema de la conscripción militar? ¿Es viable la paz por medios pacíficos? ¿y cuánto esfuerzo nos cuesta? ¿Enseñamos a nuestros niños y niñas a que resuelvan, en la escuela y su vida cotidiana, a que resuelvan los conflictos de una manera creativa, inteligente y alternativa? ¿o, tal vez, les enseñamos a que sean los más fuertes y dobleguen a los demás en cuanto tengan el más mínimo problema con los otros?. Aún más y con letras mayúsculas ¿es posible hacer *política sin matar*, sin destruir y sin dañar? ¿Puedo yo hacer algo por la paz en el mundo o el mundo es tan complicado que me siento pequeño e inútil para intervenir en él? ¿Podría tener más herramientas e instrumentos para resolver mis conflictos de otra manera, sin el uso de la violencia?

Lógicamente no se trata de preguntas que se puedan responder como un simple test o encuesta, con un sí o un no. Requieren de matices, explicaciones, incluso nuevas preguntas, indagaciones y, especialmente, de mucha reflexión ética y política, de darle muchas vueltas a la cabeza. Tampoco el lector va a encontrar en mis consideraciones unas respuestas indudables que le aseguren certezas políticas y morales, sería demasiado doctrinario para mi gusto y mis intereses intelectuales, y más probablemente sería también insoportable para cualquier lector con más de dos dedos de frente. Acá, el lector inquieto encontrará orientaciones, argumentaciones, deliberaciones en voz alta, recomendaciones para seguir buscando pero, difícilmente, podrá hallar la respuesta a todas sus preguntas o aquello que le permitirá anestesiar su conciencia. Todo lo contrario.

Hemos dado por hecho que, de aquellas formas que hubiere de hacer *política sin violencia*, nosotros vamos a dedicar todo el espacio a explicar las propuestas de la *noviolencia*, es decir, todas aquellas formas políticas y maneras de conducirse en y por la política que hicieron personajes como Gandhi, Luther King o Nelson Mandela en sus luchas contra las injusticias de su mundo y de su tiempo. Dando por hecho, asimismo, que

muchas personas que hablan, hoy día, de la noviolencia no la conocen suficientemente y, todavía, menos saben de su pensamiento, historia, procedimientos, estrategias, formas de acción, tradiciones culturales, etc. Me atrevería a decir que, en muchos aspectos, es una auténtica desconocida que merece la pena conocer o, incluso, descubrir. En ocasiones se confunde con “resistencia”, “desobediencia” o con el “pacifismo” sin más, el lector tendrá oportunidad de comprobar y distinguir estos matices a lo largo de este libro.

Efectivamente, la noviolencia pretende irrumpir como un nuevo paradigma teórico, pero no procura ser sólo una teoría, es decir, un modo de pensar y construir el pensamiento, sino también de vivir, de ser una ciencia –diríamos un arte- muy aplicada al mundo y a lo cotidiano. En este sentido, he de advertir que, la noviolencia no puede ser sólo conocida a través de la lectura de un libro por mucha calidad que este tenga, sino que ha de ser experimentada personalmente en una combinación entre conocimiento y acción. Para ser más precisos, la noviolencia no debería ser reducida a un conjunto de fórmulas y procedimientos, los cuales aplicados, nos ofrecerían unos resultados inmediatos y positivos, sino que es una práctica y una experimentación en permanente construcción, así como una teoría en devenir que depende de muchos factores, entre otros, de la capacidad y el esfuerzo de cada uno pero, también, de la oportunidad de generar un *poder social* que no sólo protesta o se enfrenta al poder político o económico, sino que tiene propuestas para hacer que el mundo sea mejor y los procesos sociales se conviertan en más humanos.

Damos por hecho que la noviolencia es una forma de política y de hacer política, no es sólo un punto de vista, una fórmula para el compromiso y el consenso o una manera de ser buenos y bondadosos con los demás en el terreno de la política. No es eso. Se considera que se puede distinguir entre el mal y quien lo hace. Que una cosa son las injusticias y otra, bien distinta, quienes las cometen. Un amigo de la noviolencia nos diría: «las personas han de ser respetadas, precisamente porque son como nosotros, personas»; en cambio, no hay que permitir cualesquiera formas de violencia o injusticias. Por tanto, la noviolencia no puede ser quietismo, pasividad, aquiescencia, sino todo lo contrario, lucha, pelea, forcejeo, inquietud, acción, respetando a los adversarios pero advirtiéndoles que no se les tolerará sus violencias.

A una concepción de la política, del poder, de la acción, de la obediencia, del conflicto, de su intervención en éste, etc., dedicaremos unas cuantas páginas para explicar la posición de la noviolencia en estos temas, pero he de advertir que en este libro no se expone una teoría oficial

o, tal vez, dogmática de la noviolencia, no creo que esto exista como tal, no creo tampoco que mis compañeros teóricos lo aceptaran como tal la existencia de una doctrina cerrada, sino que trato de realizar una propuesta para pensar, una formulación, un conjunto de enunciados de la noviolencia para que el amable lector siga pensando y trabajando sobre esas ideas. Por muy simple que parezca, sería un gran avance si logramos hacer que la ciencia política sea menos violenta y que logre humanizar la política.

Con esta finalidad, y con la intención de ser un poco más didácticos, los capítulos se han hecho intercalando, a mis análisis y exposiciones, una serie de textos escogidos que son de interés, por los autores o por la información que ofrecen, así como un conjunto de lecturas más largas al final de cada capítulo que orientan a la reflexión. Se terminan aquéllos con el apartado “para saber más” en el que se combinan referencias bibliográficas que apoyan la lectura, así como recomendando otra serie de lecturas complementarias que, o bien se pueden buscar en internet, o bien pertenecen a capítulos concretos de libros. Además, se realizan, a modo orientativo y para trabajarlas, un conjunto de preguntas para saber si se ha asimilado bien la materia anterior o si se puede hacer un trabajo en equipo con la ayuda de un facilitador o profesor. Para, al final, recordar algunos términos claves que aparecieron en el capítulo.

No quiero dejar de terminar realizando una serie de agradecimientos encadenados. En primer lugar quiero señalar que, muchas de las ideas que en este libro se exponen, se deben a varias estancias en diversos países, especialmente Italia, Colombia y México y, en menor medida, Inglaterra. Son fruto de muchas lecturas pero, también, de muchas conversaciones con amigos, auténticos maestros en la noviolencia, como Giuliano Pontara, Alberto L’Abate o Tonino Drago; pero, tras ellos, hay muchos otros que, por no hacerme extenso, no voy a citar pero que están en el corazón.

En segundo lugar, quiero también agradecer a Mari Carmen Roldán, a José Ángel Ruiz Jiménez y a Carlos Eduardo Martínez Hincapié que hayan leído, con tanto interés, el manuscrito que les di para que me hicieran críticas y me aconsejaran, lo hicieron con el interés de toda buena amistad y ofreciéndome ideas valiosísimas. No sólo quiero reiterarles las gracias sino que les pido disculpas si no he sido capaz de recoger todas las sugerencias que me realizaron.

Finalmente, me es grato recordar y agradecer a muchos de mis alumnas y alumnos, que he tenido a lo largo de estos seis últimos años, en conferencias, talleres, maestrías, cursos, doctorados, entre otros, porque sus preguntas, sus inquietudes y sus críticas me han servido para repensar

algunas de mis posiciones de partida y, seguro, que han redundado en dulcificar cualquier atisbo de dogmatismo en mis palabras. En este mismo sentido, me sirvieron las *prácticas* en la Gobernación de Antioquia (Colombia), junto a Eugenio Prieto y su equipo, en unas semanas muy duras por el trágico secuestro de Guillermo Gaviria y Gilberto Echeverri, personas todas ellas a las que la amistad intelectual me unió para siempre. Así como a la viuda de Guillermo, Yolanda Pinto, una persona entrañable que sigue en su cargo de senadora, en Colombia, luchando de manera noviolenta porque el amor y la fraternidad sean las “armas” más eficaces que neutralicen el conflicto colombiano. De aquellas lecciones aprendí mucho y no todo se puede expresar (y, tal vez, no lo quiera hacer, al menos de momento) en un libro.

Los ecuatorianos saben, por su historia más reciente, la importancia que tienen las luchas ciudadanas «sin armas de fuego» para su orgullo como pueblo frente la corrupción política, el mal manejo de los asuntos públicos o el hermetismo de la clase política. El derribo de varios presidentes, sin disparar a penas un solo tiro, las movilizaciones en las calles, las redes sociales creadas, etc., son sólo una muestra. Sin embargo, en todos estos acontecimientos muy poco o nada se ha hablado de la noviolencia. No está en el discurso. No es conocida. No se sabe de sus potencialidades.

Y es importante, porque más allá del derribo de este o aquel presidente, de la manifestación en la calle, de la protesta frente a la politiquería, hay un después, tan importante como el antes. Y ese después debería ser llenado por programas constructivos que afiancen procesos sociales y de empoderamiento de los ciudadanos y ciudadanas. Creo que la noviolencia puede ayudar y contribuir a aspirar a que las manifestaciones y protestas no queden en meros actos disruptivos, sino que simbolizen las primeras piedras de todo un edificio que contribuya a mejorar las condiciones de vida y las prácticas políticas de toda democracia. No hay democracia sin demócratas. Como no hay democracia sin acciones noviolentas. Una democracia basada en actos violentos está muerta. No olvidemos que toda democracia no sólo es gobierno o gobernanza sino pueblo preparado, participante y comprometido con su futuro.

Ojala este libro sirva no sólo a los profesionales del estudio y el conocimiento (maestros, profesores, periodistas, investigadores sociales, etc.), sino a un público amplio de ciudadanos y ciudadanas preocupados por lo público y por la comunidad. A estos últimos creo que les puede servir mucho lo que este libro contiene de pedagogía social.

Finalmente y para terminar, quien me conoce sabe que soy, casi, un incondicional de Lewis Carroll y de su *Alicia*, en homenaje a él, decidí escoger con mucho cuidado cada una de las citas que abren los capítulos. Al menos en mi lógica y razonamiento, tienen mucho que ver, tales citas, con lo que aparecerá dentro del capítulo correspondiente. Pero, como le hubiera gustado decir al propio Carroll, la lógica no es sólo una, sino muchas, y cada una tiene una parte de verdad.

Para quien quiera seguir dialogando y me quiera mostrar sus matices, críticas, sugerencias o, incluso, elogios me puede encontrar en mariol@ugr.es

